

Tecnócratas y política social

Araceli Damián*

El ex embajador de Chile en México, Luis Maira solía decir que en los países de América Latina se debería votar por el Secretario o Ministro de Hacienda, que una vez electo designaría al presidente. La semana pasada (Noviembre 2006), en una mesa redonda sobre pobreza y desarrollo social (que se realizó en la rectoría general de la Universidad Autónoma Metropolitana), el Diputado Carlos Rojas aseguró que en México un jefe de departamento de Hacienda puede tener más poder que un Secretario de estado. Estas percepciones reflejan el poder que tienen los secretarios de hacienda para decidir el presente y el futuro en nuestros países.

Estos comentarios surgieron durante el debate sobre qué metas debemos fijarnos y cómo podemos avanzar hacia ellas en el campo del desarrollo social y la lucha contra la pobreza. En la mesa había un consenso de que toda política económica tenía un efecto social y, por ende, que la política económica y la social tenían que ser concebidas como una unidad para lograr un desarrollo social basado en la justicia y la igualdad. Como bien señaló Cynthia Hewitt de Alcántara, ex Directora Adjunta del UNRISD (United Nations Research Institute for Social Development), “la línea divisoria que suele trazarse –especialmente dentro del gremio de los economistas– entre el diseño de tal o cual política monetaria o fiscal o comercial, por un lado, y el vasto mundo de problemas sociales, por el otro, es una fantasía.” Esta destacada analista de los problemas del desarrollo social y la pobreza hizo una severa crítica al cinismo que caracteriza a los hacedores de la política económica. Comparto con ustedes algunas de sus reflexiones. Hewitt de Alcántara aseguró que a quienes “diseñan políticas económicas les puede convenir deslindarse profesionalmente de temas sociales. Les puede convenir hablar solamente en términos técnicos, sin aceptar ninguna responsabilidad por las consecuencias sociales de sus acciones. Pero en realidad sus recomendaciones de política tienen enormes repercusiones en el bienestar de la población nacional. Afectan de manera fundamental la posibilidad que tienen diferentes grupos e

individuos de encontrar empleo, de ganar suficiente para mantener a sus familias, de obtener crédito, de gozar de servicios públicos.”

Este comentario me hizo recordar las innumerables veces en las que Guillermo Ortiz, Gobernador del Banco de México, a pesar del estancamiento económico ha decidido aumentar los famosos “cortos” (retiro del circulante monetario de la economía) para “controlar” la inflación. El resultado de tales acciones, casi todo mundo las conoce, son la retracción del crecimiento económico y, por tanto, del empleo. No obstante, a fin de mes el Banco de México suele salir con que, a pesar del daño (no reconocido) de la medicina, la inflación creció por arriba de lo esperado, debido al alza en los precios del jitomate. Es decir, un “jitomatazo” es capaz de derrumbar las sesudas previsiones de los economistas graduados en las mejores universidades del mundo. Las consecuencias sociales de tales acciones no entran en sus modelos macroeconómicos.

El origen de la insensibilidad de los tomadores de decisiones de política económica (a quienes les da pavor salirse de los libros de texto) se puede rastrear, de acuerdo con Hewitt de Alcántara, en la forma en que la economía es enseñada en las facultades de casi todo el mundo. De acuerdo con esta ponente, durante décadas éstas “han creado profesionistas adeptos a juegos, modelos técnicos y otros ejercicios de cubículo, pero extrañamente incapaces de entender el mundo real que les rodea. Si estos profesionistas han resentido alguna vez, en carne propia, las dificultades que tienen la mayoría de las familias de bajos ingresos en su país, se les enseña a olvidar la experiencia. Se les borra la imaginación y la conciencia social. Y lo único que les queda es una asombrosa capacidad de manipular cifras y programas de computadora, sin el menor compromiso de considerar las implicaciones sociales de política pública.”

Esta reflexión se aplica no solo a los economistas sino a muchos otros profesionistas, como algunos sociólogos y politólogos que tratan de explicar todo el actuar humano con la teoría de los juegos. La crítica anterior se asocia con lo que Marcos Roitman denomina el conformismo social, al que define como la adopción de conductas inhibitorias de la conciencia en el proceso de construcción de la realidad. Se presenta como un rechazo hacia cualquier enfrentamiento o

contradicción con el poder legalmente constituido (*El pensamiento sistémico. Los orígenes del social conformismo*, Siglo XXI, 2003).

Este autor nos dice que bajo este tipo de pensamiento, la imaginación sociológica, la capacidad de pensar críticamente el tiempo histórico y la sociedad a la cual se pertenece, son desdeñados. El conformismo social es asumido y presentado a los ojos de todos como una actitud responsable.

Desafortunadamente, como fue planteado también en la mesa, el continuismo panista dejará la política social intacta. A pesar de los nulos resultados en la reducción de la pobreza, los conformistas neoliberales (economistas o no) seguirán recetando lo mismo en política social, es decir, el Oportunidades. Parfraseando a Cynthia, podemos decir que la Sedesol seguirá desempeñando el papel de Cruz Roja (yo diría más bien de Cruz Verde) de la vida nacional.

*El Colegio de México, adamian@colmex.mx